La red como recurso didáctico

Raquel Romero Guillemas
(Instituto Cervantes, Río de Janeiro)

Estamos muy acostumbrados a hablar de la red y a dar por sentado que es un recurso didáctico más al que acude el profesor de español como lengua extranjera. Incluso manejamos una incipiente bibliografía que clasifica y describe los usos posibles de infinidad de materiales a nuestra disposición; materiales diseminados por la red sin criterio y sin cohesión a los que accedemos con facilidad relativa y que, con la misma facilidad, hemos incorporado a nuestra práctica docente. Pero con todo no estamos diciendo ni haciendo nada que no podamos hacer con los que podríamos denominar recursos *tradicionales*: en última instancia usamos la red como una fuente inagotable de noticias, mapas de metro, rutas turísticas y planos de ciudades. Así que si queremos ser justos no nos queda otra opción que admitir que efectivamente la red es un recurso didáctico como lo es un periódico, un libro de cocina o una carta de un amigo que nos cuenta sus impresiones acerca de esa ciudad que acaba de descubrir.

Vistas así las cosas acaba resultando que la red nos surte de materiales, es cierto, pero de materiales idénticos a los que nos proporciona cualquier biblioteca tradicional, solo que con más agilidad y comodidad, que no es poco. Y si la red nos surte de materiales tradicionales, entonces hemos de admitir que en nuestro discurso la red es abordada de forma parcial y sesgada. Parcial porque nos surte de materiales susceptibles de ser convertidos en materiales didácticos tanto como cualquier otra realidad que nos rodea, con la ventaja de que se trata de materiales no solo *reales* muchas veces también actualizados; y sesgada porque aquello que obtenemos de Internet suelen ser materiales provenientes de periódicos o materiales ELE que otros profesores han colgado en alguna de las muchas páginas que podemos visitar, es decir, materiales que son los mismos que aquellos que tradicionalmente el profesor ha usado en sus clases solo que presentados en un formato un tanto diferente, formato virtual que acaba llegando a manos del alumno de la forma más tradicional: la sufrida fotocopia.

Significa esto que individualmente, en nuestra práctica docente diaria, no usamos la red tal y como ella es, es decir, significa que no nos beneficiamos de algunas de sus más significativas características como puede serlo la simultaneidad, interacción, universalización o virtualidad, y acabamos limitándonos a obtener de ella los mismos materiales que podríamos obtener de una biblioteca tradicional con la ventaja indescriptible de que un experto bibliotecario parece organizar los documentos por infinidad de entradas, de tal modo que cualquier lego es capaz, con un poco de sentido común, de encontrar aquello que busca.

Las razones por las que se infrautiliza son variadas, pero básicamente se reducen a dos, porque desconocemos los mecanismos mediante los cuales podemos

explotar sus características y porque desconocemos las implicaciones de esas características en el escenario de la clase, más aun, en el contexto del proceso de aprendizaje. Dos razones de peso suficiente que pocas veces se tienen en cuenta a la hora de publicar las diez mil direcciones de Internet para el profesor de español. Por un lado la preparación técnica, el conocimiento básico de ciertas herramientas es imprescindible, no es cierto que para conectarse a la red solo hace falta buena voluntad y no es necesario saber nada de informática; debemos conocer el manejo de programas básicos, y debemos estar al día en la evolución de esos programas; hemos de diferenciar un módem de una impresora y debemos saber qué es un navegador o cómo se entra en un *chat*, cuál es su mecánica, cómo mandar un correo electrónico o qué es un archivo zip. Algunos optimistas afirman que no solo es fácil confeccionar páginas Web con ejercicios interactivos diseñados a partir de programas de autor, sino que podemos aprender esas magias virtuales con poco esfuerzo. El profesor de español (seguramente podríamos decir *el profesor* sin más), que no siempre es experto en informática ni siquiera es un usuario avanzado, ha de aprender una técnica compleja y costosa en términos de tiempo y dinero.

Y en segundo lugar, el profesor de español no controla, decíamos, las implicaciones que las características fundamentales de la red tienen en el aula y en los procesos que en ella se producen. Podríamos decirlo en otros términos: el profesor sabe que la aparición de la herramienta *red* incorporada al aula generará procesos de aprendizaje propios y por tanto pondrá sobre la mesa una serie de problemas de carácter didáctico distintos de los que presenta un aprendizaje tradicional, y también sabe que necesita prepararse para dar respuestas coherentes y adecuadas a las nuevas situaciones.

En ambos sentidos, desde una perspectiva técnica y desde el campo de la formación docente, los cambios que se producen son tan significativos que bien podríamos decir que estamos a las puertas de una nueva concepción del mundo de la enseñanza y aprendizaje, en la que el papel del profesor se desplaza significativamente hacia campos como el de la técnica o el de la gestión de la información excesivamente distantes del rol actual del docente. Es lógico pensar que surgen dudas significativas en el profesor cuando ve que su formación tradicional dista mucho de ser la más adecuada para seguir desempeñando su función en este nuevo contexto del que no va a poder escapar.

Seguramente algunos afirmarán que se trata de miedo o de falta de recursos. Admito que son las dos, pero bien entendidas, quizá con otros nombres: en lugar de *miedo* hablemos de *incertidumbre*; y *falta de recursos* debería ser sustituida por *necesidad de formación*.

De ahí que gran parte de los profesores de lenguas se limiten a usar la red para obtener documentos y explotarlos de una forma convencional; siendo así, no se incorpora la red al aula, se utiliza linealmente, con textos planos, lo que es una

infrautilización de un universo informativo y comunicativo a disposición de cualquier ordenador.

Cabe aquí una reflexión significativa que es clave en este asunto: ¿Es la tecnología la que cambia los procesos o los procesos cambian porque el profesor considera que las nuevas tecnologías son una herramienta más? Dicho en otros términos, las tecnologías producen cambios en todos los ámbitos de nuestra vida y nos adaptamos a ellos o los rechazamos, como hicimos con los laboratorios de idiomas, porque somos capaces de desarrollar sistemas de análisis y gestión de las tecnologías en función de los objetivos que de ellas demandamos; en alguna medida, pues, somos nosotros los que decidimos el calado de los cambios y gestionamos hasta qué punto las nuevas tecnologías nos ayudan o entorpecen nuestra labor. Así pues, para gestionar y analizar las nuevas tecnologías, debemos formarnos no solo en su uso, también en su crítica porque solo así podremos sacarles el máximo provecho: la red no es buena ni mala, como no lo es la televisión, dependerá de cómo se use.

Es distinta la postura de las organizaciones que se dedican a la enseñanza de idiomas en general. Para ellas la red se ha convertido en un recurso muy atractivo porque supone una forma de llegar a un público extenso cuya característica fundamental es la de no poder asistir a las clases presenciales de un modo regular, lo que se traduce en términos económicos y de prestigio. Para las organizaciones dedicadas a la enseñanza y promoción de una lengua, tomo como ejemplo el Instituto Cervantes, Internet se ha revelado como un escenario efectivo para la enseñanza de idiomas, un escenario, además, que requiere un despliegue relativo de técnica aunque no de personal. Este ha sido, seguramente, el principal de los problemas que se plantean y se plantearán: el del personal. Existe un antes y un después del trabajo en la red: antes podemos pensar en enseñanza presencial, no presencial o semipresencial, pero siempre a través de soportes no interactivos y sin posibilidad de relación simultánea alumno/profesor, esto es, siempre mediante materiales y técnicas *tradicionales* que el profesor conoce por costumbre y formación; después de la aparición de Internet y de su incorporación al aula como recurso o como aula misma, seguiremos hablando de enseñanza presencial, no presencial o semipresencial, pero ahora los soportes cambiarán y cambiarán las relaciones entre el profesor y los alumnos, y los materiales. Se nos presenta una nueva era y la necesidad de cambiar de hábitos y de obtener una formación específica adaptada a los nuevos tiempos surge con fuerza y nos arrastra a todos. No se trata de conocer la mecánica y el lenguaje de los programas de aplicación en el mundo de la enseñanza, para eso están los técnicos, se trata de aprender a relacionarnos con nuestros alumnos a partir de una herramienta que ya no es nuestra presencia en el aula, el cuaderno y el libro de texto que nos sirve como guía lineal para conducir al alumno hasta el objetivo. Ahora disponemos de la posibilidad teórica de relacionarnos de forma directa y personal con cada uno de nuestros alumnos, hacerle una especie de programa a medida sin que se resienta el transcurso del proceso global del grupo, pedirle que dedique su tiempo a desarrollar tal o cual destreza, que acceda a esta página en la que encontrará aquello que anda

buscando o que se mueva por entre las emisoras de música hispana para escuchar lo último del último de los cantantes de moda; y en contrapartida sentimos la necesidad de que nuestra relación directa e individual, personalizada, sea fluida y no se rompa uno no sabe muy bien por qué, si por falta de calor humano, si por exceso de información o simplemente por falta de costumbre. Ese es, bajo mi punto de vista, el reto que nos plantea Internet como recurso didáctico: la relación entre las personas y cómo el escenario de un aula virtual puede afectar a nuestra forma de relacionarnos y a nuestra forma de enfrentarnos a los procesos de enseñanza y aprendizaje.

Abordamos, desde una perspectiva teórica y técnica, el mundo de las nuevas tecnologías, pero específicamente el mundo de la red, dándoles un nombre que no es más que un nombre aunque debería ser objeto de reflexión: hablamos de TIC como si se tratara de unas siglas que nos remiten al ordenador y a la red, pero en realidad las TIC son Tecnología de la Información y la Comunicación, lo que significa que nos enfrentamos a un nuevo modo de dar y recibir información en términos generales, cuanto más en términos didácticos. Las TIC aplicadas al aula generan dos grandes necesidades, por un lado una necesidad económica para mantener equipos y tecnología al día, por otro una necesidad formativa, es decir, dar al profesor herramientas que le permitan manejar los ordenadores, lo que deriva en una de las mayores reservas o preocupaciones del profesional de la enseñanza que cree que su papel como docente es reemplazado por el de técnico. Es necesario, sin duda alguna, ofrecer al profesional una salida en términos de formación que le ayude a adaptarse a los cambios tecnológicos, pero también a los cambios pedagógicos que pueden derivarse de la aplicación en el aula de las nuevas tecnologías.